

THE HORUS HERESY®

John French

ESCLAVOS DE LA OSCURIDAD

Caos absoluto



timunmas

THE HORUS HERESY®

ESCLAVOS DE
LA OSCURIDAD

John French

timun**mas**

Título: *The Horus Heresy nº 51/54 Esclavos de la oscuridad*

Versión original inglesa publicada por *Black Library*

Slaves to Darknes © Copyright Games Workshop Limited 2019.

Slaves to Darknes, Esclavos de la oscuridad, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Título original: *Slaves to Darkness*

Ilustración de la cubierta: Neil Roberts.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: Daniel Casado

Edición revisada por: Juan Pascual Martínez Fernández

ISBN: 978-84-450-0839-3

Depósito legal: B. 1.942-2022

Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: www.edicionesminotauro.com

Web: www.edicionesminotauro.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/Youtube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

PARTE UNO

QUE LOS HIJOS
DE LOS DIOSES SANGREN

UNO

Maloghurst

Los Sons of Horus llevaron a su padre, quien estaba sangrando, hasta su trono. Los fantasmas los siguieron, aullando desde las sombras mientras la sangre goteaba de sus armaduras. Eran cuatro hijos: Kibre, con el color negro de su armadura reluciendo por la sangre; Horus Aximand, con su rostro despelado en una expresión de sorpresa, la mirada fija en las fauces rojas que sonreían al lado de su Señor de la Guerra y la armadura aún destrozada y humeante; Tormageddon, que brillaba bajo la luz fantasmal, silencioso como el humo, y Maloghurst, quien los seguía entre jadeos en su máscara de respiración, renqueando sobre sus extremidades retorcidas.

Los Justaerin avanzaron dando pasos atronadores detrás de ellos, con sus armaduras de exterminador negras, brillantes y húmedas por la sangre bajo las parpadeantes luces de alarma.

—Mi señor —lo llamó Aximand entre resuellos por el esfuerzo de cargar con el Señor de la Guerra—. Mi señor, ¿puede oírnos?

—¿Qué...? —La boca de Horus era apenas una abertura en la máscara pálida que era su rostro. Su capa de piel y terciopelo se arrastraba por el suelo, chamuscada y llena de agujeros, y manchaba todo a su paso. Maloghurst notaba hierro caliente, sulfuro y miel en el ambiente a través de su máscara. Horus negó con la cabeza. La herida de su costado se abrió todavía más, y la armadura se arrugó como la piel alrededor de una boca en un gesto de burla.

—¡Mi señor! —lo volvió a llamar Aximand.

Un humano, vestido con la túnica negra y roja de un oficial vinculado de rango superior, surgió de un cruce mientras pasaban. La placa de datos de bronce que llevaba el hombre cayó al suelo cuando este se arrodilló, pero Maloghurst vio que la mirada del humano se dirigía al Señor de la Guerra antes de que pusiera la frente en el suelo. Maloghurst se volvió y le dio una patada. El dolor le recorrió la espalda cuando los servos de su armadura hicieron que su pierna se enderezara. El humano salió despedido hacia atrás, y su cabeza quedó reducida a nada más que carne y huesos destrozados. Maloghurst soltó un gruñido de fastidio.

—¿Qué...? —empezó a preguntar Aximand.

—¡Lo ha visto! —gruñó Maloghurst antes de tambalearse hacia los demás.

—Justaerin —transmitió Kibre con una voz que resonó por el comunicador mientras seguía avanzando—. Orden de ejecución, cubierta de mando, pasillos desde el noventa y nueve hasta el doscientos. ¡Que no quede nadie con vida!

Los exterminadores se apartaron del grupo. Los disparos empezaron a resonar por los túneles y los destellos del fuego iluminaron las entradas de los pasillos conforme avanzaban. Se oyeron gritos que quedaron silenciados casi al instante.

—*Las mareas cambian...* —siseó Tormageddon mientras daba grandes zancadas bajo el peso del Señor de la Guerra—. *Está...*

—¡Silencio! —gritó Maloghurst, y la palabra tembló con rabia. El receptáculo demoníaco volvió a sisear a modo de respuesta.

Llegaron a la sala del trono, y las puertas se abrieron a su paso. La luz de las estrellas y de las llamas diluía la oscuridad del interior de la sala. En el extremo, el trono se cernía ante el ojo abierto de una ventanilla. Se apresuraron a recorrer la oscura longitud de la sala. La sangre caía al suelo a su paso y echaba humo al entrar en contacto con el aire. Los cuencos de aceite ardiendo que colgaban del techo se extinguieron, lo que hizo que las sombras crecieran. Unos gritos etéreos se produjeron en la oscuridad cuando más sangre cayó sobre el suelo de la cubierta.

—Sellad las puertas —ordenó Maloghurst a los dos Justaerin que los habían seguido—. Que no entre nadie. ¡Nadie!

Dejaron al Señor de la Guerra a los pies del trono.

—Tenemos que buscar a los apotecarios —dijo Aximand.

La enorme silla de basalto y hierro negro se alzaba sobre ellos.

—No podrán ayudarlo —gruñó Maloghurst.

—¿Qué le está pasando? —preguntó Aximand, mirando a la figura quieta de Tormageddon, quien estaba situado un poco detrás del resto. El huésped demoníaco negó con la cabeza una sola vez, con lentitud.

—**No puedo mirarlo. La disformidad son bordes rotos y graznidos de cuervos.**

—Tenemos que... —empezó a decir Kibre.

—Mi... Mi trono... —susurró Horus, y sus cuatro hijos se quedaron paralizados durante un instante—. Mi... padre...

Ninguno de ellos se movió. Una gota de sangre escapó de los bordes de la herida en el costado del Señor de la Guerra y cayó al suelo como un soplo de ceniza. Kibre volvió la cabeza para mirar a Maloghurst.

—¡Llévalo hasta el trono! —rugió Maloghurst. Podía sentirlo en aquel momento, en los bordes de su visión y en la parte trasera de sus ojos. La disformidad fluía y se retorció alrededor de ellos como hilos que formaban una cuerda.

Sus pisadas resonaron al golpear los peldaños que conducían al trono. Más allá de la ventanilla, Maloghurst podía ver la luz de la estrella Beta-Garmon, que ardía como un carbón enfriándose mientras se alejaba en la distancia. Una capa de hielo se estaba formando en los paneles de cristal y cubría la luz de la estrella.

Los cuatro hijos de Horus lo cargaron hasta el trono entre gruñidos provocados por el esfuerzo.

—Apartaos —siseó Maloghurst.

La sangre caía del costado del Señor de la Guerra, se acumulaba y goteaba sobre la plataforma en una cascada negra y humeante.

Durante unos instantes, nada más se movió. Pese a que Horus tenía los ojos abiertos, no los fijó en nada, si es que era capaz de ver algo.

—¿Qué...? —intentó preguntar Kibre de nuevo.

Una garra metálica arañó el brazo derecho del trono. Los cuatro hijos se quedaron totalmente quietos. El flujo de sangre de la herida había empezado a rezumar con mucha más lentitud. Un aliento siseó entre los labios de Horus, y este agarró el brazo del trono con la mano. Unas hojas se clavaron en la piedra negra. Alzó la cabeza, cerró los ojos durante un momento y separó sus pálidos labios. Su imagen parpadeaba, se desvanecía entre las sombras, entre la existencia.

Maloghurst dio un paso hacia delante.

El Señor de la Guerra abrió los ojos.

Maloghurst notó cómo la mirada lo golpeaba. Una ola de calor le recorrió el cuerpo y, por un instante, notó que este se congelaba, que su

carne explotaba y se desperdigaba hasta el borde del tiempo, que su alma se convertía en un alarido que alcanzaba el borde de la existencia.

La imagen del Señor de la Guerra centelleó y se asentó.

—No... No pasa nada, Mal —dijo Horus.

Los cuatro Sons of Horus se arrodillaron. El zumbido de su armadura activa interrumpió el silencio. Maloghurst oyó su propio aliento salir con dificultad por su máscara y se permitió tranquilizarse un poco.

Horus respiró larga y profundamente. La herida de su costado se había cerrado. Todo lo que quedaba de ella era una estrecha línea en su armadura, aún húmeda por la sangre. El leve gemido que había notado Maloghurst en el borde de su conciencia se calmó.

—Mi señor —dijo Aximand—, ¿está...?

—¿Cuál es nuestra posición y nuestras fuerzas? —inquirió Horus. Pese a que seguía estando pálido, las sombras fluían hacia los recovecos de su rostro y endurecían sus facciones.

—La flota de vanguardia está con nosotros —repuso Aximand, todavía observando a su primarca sin parpadear—. Acheron, Styx y Charon, las flotas de batalla de la legión, siguen en el sistema, además de los grupos vasallos Bellum, Catullus, Ni-Rho-Delta, Malik, Duterron y Noctis. La batalla continúa, pero tenemos las de ganar. La puerta de Beta-Garmon está abierta.

—Y aun así ¿habéis retirado a la vanguardia? —preguntó Horus.

—Señor, usted estaba...

—Lo sé, Pequeño Horus —dijo el Señor de la Guerra. Cerró los ojos por un momento—. Lo sé. Lo habéis hecho bien, hijos míos.

Beta-Garmon había drenado sus fuerzas durante meses, había desgastado armaduras y se había alimentado de cuerpos y balas. Las tropas que seguían siendo leales al Emperador habían luchado con una ferocidad y una fuerza tal que habían logrado derramar más sangre en aquel sistema de la que se había derramado durante los últimos cinco años de la Gran Cruzada. Aun así, no habían tenido otra opción, ni las fuerzas del Emperador ni el Señor de la Guerra. Beta-Garmon era la puerta que conducía al Segmentum Solar. Las rutas de navegación a través de la disformidad convergían en aquel sistema y se expandían a partir de él como los hilos de una telaraña. A través de este, las flotas podrían alcanzar las estrellas alrededor de Terra. Si bien no era la única puerta que conducía al dominio solar, era la única que importaba.

Por fin se había roto el empate entre ambos bandos después de que Horus entrara en el campo de batalla junto a una punta de lanza forma-

da por los mejores guerreros de la legión. La oscuridad y el fuego los habían seguido, como si fueran una sombra arrojada por la presencia del Señor de la Guerra. Maloghurst, como solía hacer últimamente, se había quedado con el *Espíritu Vengativo* y los infinitos equilibrios de poder —en aquellos momentos tanto místicos como temporales—, que permitían que las ruedas de la máquina de guerra de Horus continuaran girando. No había necesitado ver a su señor avanzar entre la matanza, ni ver caer a aquellos que se enfrentaban a él.

Todo había ocurrido como había sido decretado. Sus enemigos habían caído y la batalla, sin resolución durante tanto tiempo, había dado un giro.

Hasta que Horus, el dios del Imperio que pensaba ganar a través de la guerra, había caído caminando a través de las cenizas y la sangre.

Había caído sin haber recibido un solo golpe.

Y sus hijos habían cargado con él, como ya habían hecho una vez, y se lo habían llevado del campo de batalla sangrando.

Maloghurst fue el primero en alzar la cabeza para observar al Señor de la Guerra en su trono. Un dolor agudo y punzante le recorrió el cráneo. Intentó centrar la mirada. Notó sangre en los dientes.

Agachó la cabeza de nuevo y, pese a que el dolor había disminuido, no desapareció del todo.

—Mi señor, ¿cuáles son sus órdenes?

—Tiempo —dijo Horus con voz ronca, y Maloghurst notó el dolor que sentía su Señor de la Guerra al hablar—. Hemos perdido demasiado tiempo. Id a buscarlos. Tenemos... Tenemos que reunirnos antes de... —Horus cerró los ojos, y la agonía irradió de él como el calor de un fuego que se había avivado de repente. Maloghurst apretó la mandíbula con fuerza. Unas burbujas del color de la migraña se formaron en su visión. Horus permaneció inmóvil en su trono. Las sombras parpadeaban por los muros y por el suelo de la sala del trono, como si la luz la estuviera emitiendo el propio Señor de la Guerra. Solo que no había ninguna luz.

Maloghurst se obligó a ponerse de pie. Intentó alzar la mirada, pero no pudo. Aximand ya estaba de pie y retrocedía. Tormageddon estaba centelleando, y la sustancia de su cuerpo se disolvía y se reformaba como la imagen borrosa de un pictógrafo. Kibre se quedó arrodillado a los pies del trono, con los dedos clavados en la piedra para sostenerse.

—Id... —ordenó Horus con una voz que parecía proceder desde muy lejos—. Id a buscarlos... A mis hermanos...

—Sí, mi señor —repuso Maloghurst con una voz temblorosa por las oleadas de dolor que lo golpeaban.

—Ullanor —dijo Horus—. Ullanor...

Y, en aquel momento, se quedó en silencio, con los ojos cerrados. Las sombras se asentaron, y el Señor de la Guerra se quedó sentado en su trono, pálido y sangrando.

Layak

Los gritos cubrían al *Trisagio* mientras navegaba por las mareas de la disformidad. Treinta y dos mil setecientos sesenta y ocho humanos colgaban de unos clavos colocados en la parte exterior del casco. Todos ellos habían estado vivos cuando la nave había pasado del frío del espacio real hasta el abrazo del Reino de los Dioses y, en aquel momento, seguían vivos en cierto modo, pues sus muertes se habían estirado hasta formar una eterna cacofonía de sufrimiento. Los demonios los rodeaban, aferrados al casco, y bebían la agonía y el delirio de los humanos a lengüetazos mientras destrozaban sus almas y sus cuerpos. Visto desde arriba, el casco con forma de lanza del *Trisagio* parecía llevar una piel cambiante de quitina y carne húmeda. Las torres de antorchas ardían sobre ella, y las llamas rojas formaban nubes a un ritmo lento con los gritos de tormento y los alaridos de los demonios que se alimentaban.

«Belleza —susurró la voz en la mente de Layak—. Verdad...»

Layak asintió.

—Gloria a los Cuatro Eternos, pues ellos lo son todo —dijo en voz alta para continuar la letanía que había estado pronunciando sin descanso desde que el *Trisagio* se había adentrado en el Reino Sagrado—. Gloria a la Verdad Octal, pues es eterna. Gloria al Primer Círculo de sirvientes, pues son los más enaltecidos...

Estaba sentado en el centro de un suelo de cristal negro, ante la ventana del visor de la torre, rodeado por el humo del incienso que provenía de los turíbulos que sostenían ocho figuras encapuchadas. Bajo sus túnicas, cada uno de los suplicantes era un revoltijo de carne mutada y putrefacta, aunque en presencia del Apóstol Carmesí escondían sus bendiciones. Todos ellos habían sacrificado su sentido de la vista y del oído para servirle, pues ayudar a Zardu Layak, primer capellán de los Silentes, aquel que era tanto revelación como sacrificio, era una bendición inimaginable. Ver su rostro sin máscara y oír las palabras que pronunciaba en soledad sería algo que sus almas casi no podrían soportar.

Un poco más atrás, al lado de la única puerta de salida del santuario

de la torre, se encontraban dos figuras encorvadas, cubiertas de la cabeza a los pies por terciopelo rojo que caía hasta el suelo. No se movían, y una vela hecha de grasa, sangre y ceniza de huesos humanos colgaba en el aire delante de ambos. Unos sellos marcaban la grasa negra, que soltaba lágrimas transparentes hasta el suelo bajo los gigantes cubiertos.

«Se acerca», pensó Layak, y supo que era cierto en cuanto el pensamiento susurró en su interior.

Se puso de pie. No llevaba ninguna túnica ni armadura, pues en aquellos momentos de contemplación, Layak siempre escogía recordar que estaba hecho de carne. Los músculos suaves fluyeron cuando se levantó. Toda su piel estaba cubierta con palabras que habían sido grabadas en él desde el cuello hasta los pies: quinientos doce idiomas lo marcaban, todos ellos de culturas que se habían extinguido hacía miles de años; algunas de ellas humanas, otras alienígenas. Layak hablaba todos aquellos lenguajes.

Se llevó las manos a la cara y se cubrió los ojos durante un instante.

—*Ush-na-cathal*—dijo. Sintió su llamada sisear hasta el Reino Sagrado y oyó una respuesta. Unas figuras transparentes, hechas de humo negro, se formaron a su alrededor, poco definidas, como bocetos pintados en pergamino con agua y tinta. Las sombras de unos rostros se formaron en aquel grupo que se arremolinaba y gritaron con una agonía silenciosa, soltaron todo su odio y lloraron. Los susurros invadieron su mente.

«¿Quiénes sois?»

+No quiero morir...+

«¿Quiénes sois?»

+Por favor, piedad...+

«¿Quiénes sois?»

+Rompedor de juramentos...+

«¿Quiénes sois?»

+Eres el profanador de todo lo que creías sagrado...+

«¿Quiénes sois?»

+¿Por qué haces esto...?+

—*Us-ka-thed*—ordenó él. Las figuras de humo estiraron sus dedos fantasmales hacia él y le rozaron la piel. Un fuego frío como el hielo le quemó la carne.

+Te conocemos, Sin Nombre...+, sisearon las voces de su cabeza.

+Recordamos...+

+Los muertos recordamos...+

Layak apretó la mandíbula para no abrir la boca. La agonía era una supernova en el núcleo de su ser. Sentía que ardía, que unas estacas de hierro se le clavaban en los huesos. Sentía que se trataba del renacimiento y la revelación.

Una armadura se formó alrededor de su piel. Placas de ceramita, de hombreras y guanteletes aparecieron de la nada al tiempo que las sombras lo rodeaban. Los circuitos y fardos de fibra se formaron y se mezclaron con sus nervios. Finalmente, se encontró de pie, vestido de gris, con las placas cinéreas de su armadura cubriéndolo todo salvo su cabeza.

—*Hess-ne* —dijo.

Las sombras se desvanecieron en el infinito del Reino Sagrado mientras seguían soltando su odio y su rencor. La agonía bendita que había soportado desapareció de su piel, y Layak inclinó la cabeza a modo de agradecimiento por dicha bendición. Por último, se volvió y se dirigió hacia el lado de la sala donde su casco lo observaba todo desde su expositor de armas. El rostro le gruñía con una ira congelada. Dos filas de tres ojos cada una recorrían las mejillas de bronce, y cada ojo ardía como el carbón de una fragua. La boca era un foso profundo de plata afilada. Dos fragmentos de obsidiana se alzaban en forma de cuernos desde las cejas. Había sido un regalo del primero de los Gal-Vorbak, y lo portaba en todas las ocasiones, salvo en sus breves momentos de contemplación solitaria. Layak estiró la mano para recogerlo, y sintió el cosquilleo de su malicia y el sabor a sangre en la boca.

Se colocó la máscara con cuidado sobre la cabeza, y los ganchos de su cara interna se le hundieron en las mejillas. Las tuberías de respiración se conectaron a su armadura por sí solas. Un humo cargado de incienso llenó su siguiente respiración. Unos torbellinos de runas de Colchis giraron ante sus ojos, y unos colores y dimensiones que los mortales no podían ver repintaron la sala a su alrededor.

«Está aquí», le dijo su pensamiento. Layak se volvió y se arrodilló al tiempo que las puertas del santuario de la torre se abrían. Las figuras cubiertas de rojo se volvieron, y sus vestimentas ondearon cuando se arrodillaron. Si bien los suplicantes con túnicas no podían oír la puerta abrirse ni ver a quien la cruzaba, la presencia de aquel ser era suficiente para hacer que se postraran.

Lorgar Aureliano se quedó en el umbral de la puerta durante un segundo. Su piel estaba espolvoreada con oro, y sus mejillas y su cuero cabelludo, pintados con líneas verticales cuneiformes. Iba vestido con una túnica carmesí que cubría su piel sin armadura. Si no hubiera sido por su

tamaño, habría parecido un sacerdote del planeta de polvo que lo había criado.

La presencia irradiaba de él. No se trataba de la ira que había rodeado al entonces exaltado Príncipe de la Sangre, ni el puro poder etéreo de Magnus. Estar cerca de Lorgar Aureliano era querer escucharlo hablar, sentir que las emociones más profundas se despertaban al más mínimo gesto, que el alma se escondía y se regocijaba al mismo tiempo.

Solo que Layak no sentía nada más que los ganchos de la máscara que llevaba, que le cortaban el rostro.

—Su beatitud —dijo.

—Álzate, hijo mío —contestó Lorgar—. Te pido disculpas por molestarte durante tu observancia.

—Allí donde usted camina, la verdad y la trascendencia lo siguen —repuso Layak—. Recibirlo en este momento es cambiar una tarea sagrada por una que lo es aún más.

Lorgar inclinó la cabeza a modo de reconocimiento y cerró los ojos por un instante.

—En dos horas saldremos al borde de Beta-Garmon, donde nos encontraremos con el Señor de la Guerra. Los mensajes fluyen del dios consagrado hasta mis otros hermanos. Nos llama para que nos reunamos una última vez, tal como hicimos antaño ante los pies de nuestro padre.

Lorgar hizo una pausa y caminó hasta el visor de cristal, a través del cual danzaba la luz nauseabunda de la disformidad. Durante un momento, Layak se preguntó qué veían los ojos de su primarca. El Reino Sagrado era un espejo para las almas, y lo que mostraba era diferente para cualquier mente que se atreviera a contemplarlo. Layak solo veía fantasmas cuando miraba hacia la disformidad, y hacía tiempo que se había dejado de preguntar por qué.

—Responderemos a la llamada del Señor de la Guerra, y es una bendición poder hacerlo —dijo Layak.

—No —dijo el primarca—. El mensaje todavía no ha llegado hasta nosotros, y no lo hará hasta que ya nos encontremos al lado de Horus. Eso no importa, y no es por eso por lo que vamos. Nos dirigimos a la última prueba, hijo mío. A partir de aquí se producirá el resultado de todo. El tiempo y el destino han llegado hasta un punto, y la rueda del universo espera para girar alrededor de él. Ha sido revelado. Está escrito en las voces de la tormenta y en la sangre de los muertos. El destino de todo aguarda su propio nacimiento. La victoria divina está delante de nosotros, delante de toda la humanidad. —Lorgar dirigió la mirada a

Layak. Los reflejos de los fantasmas agonizantes danzaban en sus ojos—. ¿Me comprendes?

Layak inclinó la cabeza ante aquellas palabras y sintió que sus pensamientos se sacudían.

—Mi más sagrado señor, ¿cómo puedo servirle?

Lorgar se volvió una vez más, y Layak sintió que el brillo del fuego de su primarca se enfriaba, como si se hubiera adentrado en una sombra.

—Oigo la música de la eternidad, hijo mío. Horus... —pronunció el nombre con lentitud—. Algo... Algo le está pasando a Horus.

Volk

—Comandante, la nave tiene permiso para empezar las últimas preparaciones de lanzamiento.

Volk no respondió al siervo humano, pues las palabras que había pronunciado el hombre eran una formalidad que conocía bien; el ritmo de estas era como el latido de sus corazones. Mantuvo la mirada fija en la máquina que yacía sobre la plataforma de rocamiento frente a él. Su piel de metal barnizado relucía bajo el brillo rojo de la caverna del hangar. Unos cabrios amarillos y negros marcaban las aletas de su cola y las puntas de sus alas.

—Del hierro procede la fuerza. De la fuerza procede la voluntad... —dijo Volk, y vio cómo las palabras se esparcían en forma de nubes blancas delante de él. Los motores de su caza de combate se encendieron, y el aire empezó a cantar—. De la voluntad procede la fe...

Un servidor comenzó a desenchufar cables de los puertos de la parte trasera de su armadura. Un tecnosacerdote, vestido con una túnica color cobre y morado, se movió alrededor del caza de combate, con aceite goteando de sus dedos de latón. Un adepto seguía de cerca al sacerdote, tirando de las anillas de las armas y cerrando los paneles de acceso.

—De la fe procede el honor.

Volk avanzó hasta su nave con lentitud, ataviado con su armadura sin energía, y se subió a la cabina. Los enchufes de la parte trasera de su armadura se conectaron a los sistemas del caza.

—Del honor procede el hierro.

El caza de batalla se activó del todo. Volk notó que la conexión nerviosa provocaba un cosquilleo en los enchufes de su columna vertebral. Le dolieron los músculos y los huesos cuando la sensación del hierro y de

las armas se mezcló con su carne, pero soltó un profundo suspiro al notar que la energía del motor le recorría la espalda y que las armas preparadas le daban punzadas en los dedos. Se sentía como si estuviese completo.

El caza de combate contaba con un número. Así era como se hacía en la IV Legión. Pese a que otras legiones otorgaban nombres a sus naves, como idiotas que se colgaban campanas de las orejas, los Iron Warriors no lo hacían, y por mucho que aquel Lightning Crow hubiera acompañado a Volk durante cuatro décadas de guerra, su único honor era llevar el número de su designación de unidad: 786-1-1. La primera nave de la primera escuadra del 786.º Gran Vuelo. O lo que quedaba de él, al menos.

—Esta es la Letanía Inquebrantable, y que lo siga siendo por siempre.

Volk se desabrochó el casco del muslo y se lo colocó en la cabeza. La capota empezó a cerrarse por encima de él al tiempo que una luz amarilla comenzaba a parpadear por toda la caverna del hangar. El estruendo de las sirenas de alerta desafió al coro de los motores.

Cerró los ojos. El ojo augmético de plata que había llenado su cuenca derecha durante las últimas tres décadas desplegó una topografía burda hecha de líneas verdes delante de su visión. Abrió los ojos. La proyección verde y el mundo físico se mezclaron. Las runas de estado empezaron a parpadear por todos los sistemas de la cabina.

—A todas las unidades de vuelo —transmitió a través del comunicador—. Todo listo para el despegue. A la cuenta, hermanos.

Unos números hicieron la cuenta regresiva en los bordes de su visión. El muro de la caverna metálica empezó a deslizarse hacia el suelo cuando las compuertas blindadas exteriores se abrieron. Unos pulsos de luz roja destellaron en la abertura oscura que había más allá; era la luz de la batalla que los llamaba. La nieve y la ceniza entraron con las ráfagas de viento. Volk proporcionó energía a los propulsores de su nave. El 786-1-1 se alzó del suelo de la caverna y se tambaleó ante el fuerte viento. Volk compensó el movimiento sin ni siquiera tener que pensarlo.

Por toda la caverna, otras sesenta y cuatro máquinas de guerra empezaron a alzarse de sus estaciones: tríos de interceptores Xiphon, Fire Raptors y Lightning Crows, todos ellos hechos de acero sin pintar. Eran suficientes como para poder considerarse aún un Gran Vuelo. Justo los suficientes. Todos ellos surcarían los aires con mayor ligereza de la habitual, pues contaban con la mitad de la carga necesaria para aquella misión. Sus tolvas de munición estaban casi vacías; los condensadores de sus cañones láser, prácticamente sin carga, y su combustible, al menor

margen posible para completar la misión. Hacía menos de una década emprender una guerra en aquellas condiciones habría sido algo impensable. No obstante, ya no lo era... En aquel momento eran guerreros famélicos por tener los medios para la batalla.

—786-1-2 a la espera —dijo la voz de Zarrak por el comunicador. Volk tecleó una señal no verbal de recibido a su piloto de flanco—. *Estamos un poco serios hoy, ¿eh, hermano?* —El chirrido metálico de la arruinada voz de Zarrak no pudo ocultar la diversión fanfarrona de aquellas palabras. Volk lo ignoró, aunque notó que sus labios intentaban esbozar una sonrisa.

—Los patrones de la misión están establecidos —transmitió Volk por el comunicador—. Comandancia Ónice, este es el vuelo siete-ocho-seis. Esperamos permiso.

La estática siseó en sus oídos durante un segundo. La cuenta regresiva se estaba aproximando al cero.

—*Vuelo siete-ocho-seis, permiso para despegar* —dijo la voz del oficial. El hombre estaría observando los datos del vuelo de Volk y contrastándolos con las numerosas operaciones que se llevaban a cabo alrededor de la fortaleza Ónice. Para aquel humano, la guerra de Krade no sería más que números y señales que recorrerían sus sentidos. Volk no podía sentir otra cosa que no fuera odio por una vida así.

»*Hierro dentro* —continuó el oficial.

—Hierro fuera —repuso Volk antes de cambiar al comunicador de su vuelo—. Todas las armas activadas.

Las runas de armas pasaron de ámbar a verde. El poder contenido se encendió en los motores del 786-1-1. El caza de combate temblaba a su alrededor mientras los propulsores luchaban por mantenerlo inmóvil.

La cuenta regresiva llegó al cero.

El 786-1-1 salió despedido hacia delante. La fuerza del impulso golpeó a Volk e hizo que le costara respirar. El muro de la noche y de la nieve arremolinada corrió a su encuentro, y tras atravesarlo estuvo fuera, alzándose hacia el cielo nocturno. Detrás de él, sus hermanos de escuadra fluían desde la boca abierta de la caverna dejando atrás estelas de fuego azul.

Las alertas comenzaron a sonar cuando los sistemas de localización de objetivos del enemigo se centraron en él. Las balas trazadoras y las explosiones hacían que la noche brillara tras la capota. Volk activó las contramedidas. Las bengalas y los cebos de auspex se desperdigaron tras el paso del 786-1-1. Volk dirigió el caza de combate en una espiral ascendente.

Su nave de flanco lo siguió y mantuvo una formación perfecta. Los otros integrantes del Gran Vuelo se desperdigaron por los aires tras salir por la abertura del hangar, y rotaron cuando el fuego trató de alcanzarlos. Bajo ellos, la cadena montañosa Ónice se extendía hasta el cielo. Las explosiones retumbaron por el suelo y mancharon la parte inferior de las nubes. Las baterías clavadas en los flancos de la montaña destellaron. Los disparos de las armas más pequeñas parecían chispas dentro de un mar de luz.

Krade era un planeta situado en la frontera entre los dominios del Señor de la Guerra y la ira vengativa de Ultramar. Las tormentas de deformidad que habían separado la galaxia durante tanto tiempo habían escampado. Las mareas rugientes que habían cegado el Última Segmentum se habían dispersado, y con ello, la ira de Roboute Guilliman, junto a cada rastro de fuerzas que podía convocar, había empezado a avanzar tras la desaparición de la montaña. La Cruzada de las Sombras de Lorgar y Angron los había herido, y la cacería del Acechante Nocturno los había hecho sangrar. Aun así, el señor de Macragge había aguantado, y en aquellos momentos sus hijos buscaban venganza. Los mundos ocupados por el Señor de la Guerra se habían visto bajo ataque; algunos de ellos habían caído, y la lealtad de otros había empezado a vacilar. Mientras tanto, varios rumores habían empezado a circular por el sur de la galaxia, primero en susurros y luego en informes dispersados, rumores que hablaban de retirada y de desastre: los guerreros de la Decimotercera estaban de camino.

Al otro lado del camino de aquella marea creciente, se encontraban los Iron Warriors. Los planetas habían ardido, o los habían fortificado y reforzado. Habían preparado trampas en el camino del enemigo. Por cada tramo que conseguían avanzar, las tropas del Falso Emperador habían pagado las consecuencias una y otra vez. No obstante, estos habían continuado avanzando.

Los restos de las filas de conquista del ejército imperial, la Taghmata del Mechanicum, los Comerciantes Independientes, los caballeros sin tierras y los desperdigados supervivientes de las legiones que se creían vencidos en Istvan V, todos luchaban en ejércitos reunidos por los Ultramarines. Luchaban con disciplina, unidos bajo un mismo propósito: la venganza. Contra ellos estaba el Señor del Hierro, irrompible, incansable, firme, mientras el Señor de la Guerra abría el camino hasta Terra.

Krade era una piedra angular en aquella formación, un planeta que controlaba un sistema a partir del cual se proyectaba energía a otros sis-

temas, y sin el cual el enemigo podría dividirlos y aniquilarlos. Tenía que aguantar, y lo había hecho durante seis meses. Volk había estado allí cuando Perturabo había plantado su estandarte en las montañas del norte de Krade. Había observado cómo la presión de las defensas aumentaba ante el vacío, tanto en el cielo como en la tierra. Hasta aquellos momentos, los Ultramarines no habían llegado en masa hasta Krade, pero lo harían. Y entonces comenzaría la batalla de verdad.

Volk era el hierro personificado. Lucharía hasta que no quedara nada de él con lo que luchar, y entonces seguiría luchando. Sin embargo, en ocasiones, en los primeros momentos de la batalla, se preguntaba si tenían alguna posibilidad de ganar.

—*Interceptores enemigos a la vista* —transmitió Zarrak.

Volk hizo girar su caza de combate antes de que empezara a sonar la advertencia de objetivo del auspex. Unas runas rojas se mostraron en sus lentes. Un repiqueteo de fuego de cañones automáticos iluminó la noche.

—*¡Giro a la izquierda!* —gritó Zarrak.

Volk sacó el 786-1-1 de su espiral y les proporcionó más energía a los motores. Las advertencias de combustible cambiaron al color ámbar. Se alzó, y sintió que la aceleración le daba un puñetazo con una fuerza capaz de romper huesos. No tenía ni tiempo ni combustible suficientes para un duelo aéreo. En su visión semiautomática pudo ver que su vuelo estaba con él, con cada nave siguiendo su propio camino serpenteante para evitar los proyectiles que explotaban a su alrededor. El enemigo también estaba allí: pares de marcadores rojos que se agrupaban tanto por debajo como por encima de él. Aun así, lograrían ser más rápidos que ellos. Volk había llevado a cabo los cálculos y lo había visto: sus fuerzas alcanzarían su objetivo. Lo conseguirían.

—*¿Qué...?* —empezó a preguntar Zarrak por el comunicador antes de que se cortara la transmisión.

El auspex de Volk se volvió borroso y siseó con estática.

Un misil lanzado desde la capa de nubes que tenían sobre ellos golpeó la nave de flanco de Volk, y el fuego se desató. Volk se apartó por instinto y un pulso de fuego láser alcanzó el espacio en el que había estado.

Una forma caía de las oscuras nubes sobre él. Pese a que la noche les había robado los colores a sus alas, incluso en el vistazo rápido que pudo dar, Volk pudo reconocerlo. Se trataba de un interceptor modelo Xi-phon, igual que aquellos que volaban bajo sus órdenes. Un depredador de los cielos diseñado para matar a los de su propia especie. Y no era una máquina que pudiera ser pilotada por un humano.

Volk giró sobre sí mismo y los proyectiles de los cañones láser alcanzaron el aire por el que había pasado. Las alarmas de advertencia gritaban en sus oídos. El comunicador era una tormenta de señales llena de estática, pues el resto del vuelo se había encontrado con el enemigo que descendía sobre ellos.

Volk parpadeó para desactivar el sistema de localización de objetivos automático mientras continuaba girando.

El interceptor enemigo se abalanzó sobre él como una daga, con sus cañones láser que tornaron la noche en un día brillante. Volk activó una descarga de sus propulsores y su giro se detuvo en seco. La runa de localización de objetivos manual se centró en el interceptor durante un instante. Volk tocó el botón de disparo, y un solo destello blanco surgió de sus alas. Era un disparo que ningún mortal podría haber conseguido y que pocos miembros de las legiones habrían intentado siquiera. Golpeó la cola del interceptor enemigo y la desintegró.

Volk tuvo dos segundos para ver cómo la nave en llamas caía ante él. En aquellos breves instantes, mientras la mitad de su conciencia estaba marcando la posición del resto de su vuelo y de sus oponentes, pudo ver los colores de su enemigo, iluminados por las llamas de su muerte.

Azul.

Azul zafiro. El color del mar bajo el sol del mediodía. Y en sus alas, el símbolo de Ultramar pintado de blanco.

«Así que están aquí», pensó Volk.

Activó el comunicador.

—Comandancia Ónice, aquí el 786-1-1. Alerta de prioridad a todas las filas de comandancia.

Movió las manos, y el caza giró y se dirigió a través de la noche hasta donde sus hermanos daban vueltas sobre la tierra iluminada por la batalla.

—*Adelante, 786-1-1* —dijo una voz demasiado profunda como para ser humana.

—Las fuerzas de la Decimotercera se encuentran en el espacio de batalla —comunicó. Bajo él, vio un destello de fuego blanco. Un marcador verde desapareció del monitor de estado de vuelo—. Los Ultramarines han llegado.